

LA REACCION NACIONALISTA



Polemica

Primera Historia Argentina Integral

Editada por el
Centro Editor de
América Latina S. A.
Buenos Aires
Argentina



© 1971

Centro Editor de América Latina S. A.
Cangallo 1228 - Buenos Aires
Sección Ventas: Rincón 87.
Buenos Aires

Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina -
Printed in Argentina

Sumario

Parte General

La clase media en el poder

Los gobiernos radicales (1916-1930)

Parte Especial

La reacción nacionalista

El mito

Componentes del nacionalismo

Los arquetipos nacionalistas

La reacción nacionalista

El 6 de septiembre

El texto de la Parte General
ha sido preparado por Haydée
Gorostegui de Torres.

La redacción final estuvo a cargo
del Departamento de Historia del
Centro Editor de América Latina.

La Parte Especial ha sido
preparada y redactada por
Ismael Viñas.

El asesoramiento general estuvo
a cargo de Haydée Gorostegui
de Torres.

Se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Sebastián
de Amorruu e Hijos S. A.,
Luca 2223, Buenos Aires,
en junio de 1971.

Poco a poco se ha ido
creando en nuestro país un
mito - dice el autor de este
trabajo - que sigue creciendo,
alimentado por diversas
fuentes: podríamos llamarlo
el mito del "nacionalismo".
Ha crecido tanto, que hoy
parece un frondoso árbol.
Sus ramas, nudos, horquetas,
hojas y flores amenazan con
cubrir el cielo, y hasta con
producir un subproducto
igualmente extendido: la
historia del nacionalismo.

la erudición del
nacionalismo, con sus
apologistas, exégetas y
hermeneutas. A tal punto
se ha vuelto frondoso e
intrincado, que es difícil
presentar un esquema de lo
que sería el nacionalismo
según sus cultores. Y
bastante más difícil separar
en él lo que hay de real
(pues toda nación burguesa
tiene, efectivamente, su
nacionalismo), de lo que es
pura fábula. Sin embargo,
examinando con cierto
cuidado lo que sus cultores
con más pretensiones
científicas cuentan de él,
el nacionalismo vernáculo
tendría dos ramas principales:
una aristocrática u
oligárquica, llamada también
a veces "nacionalismo de
derecha, y otra "popular".

El mito presenta sus
singularidades: ambas
ramas habrían vivido
(y estarían viviendo aún)
una existencia compleja y
contradictoria, por la cual,
coincidiendo en lo principal
(su esencia, el nacionalismo),
algunas veces vendrían a
confluir y a marchar
armoniosamente, y otras
lucharían entre sí,
contribuyendo a permitir el
triunfo de su enemigo:
el liberalismo, la "oligarquía"
la "antipatria", el "Régimen".

SI
pa
me
mí
rev
sól
res
mí
la
los
agr
afia
no
el
lar
cre
Com
men
se
hue
la
tes
ros
trial
sufr
vade
ses
máti
mana
mov
1921
violet
expl
ción
poco
contr
Si el
rante
ta, in
revolu
el po
nado
entre
tos.
base
gualan
proyec
tería
la del
nacion

Los gobiernos radicales (1916 - 1930)

Si la guerra mundial 1914-18 pareció beneficiosa en un primer momento para la economía del país, muy pronto se reveló que tales beneficios sólo se volcaban en sectores restringidos, provocando al mismo tiempo problemas a la mayoría. El aumento en los ingresos de los sectores agroexportadores y un cierto afianzamiento de la industria, no alcanzó en efecto a paliar el rápido deterioro en los salarios frente a la inflación creciente.

Como resultado del incremento en el costo de la vida se sucedieron movimientos huelguísticos que, al finalizar la contienda, alcanzaron ribetes trágicos. Tanto los obreros rurales como los industriales serían los primeros en sufrir el impacto de la renovada competencia de los países desarrollados. Los dramáticos episodios de la semana trágica en 1919 y del movimiento patagónico en 1921, ambos reprimidos con violencia, fueron otras tantas explosiones ante una situación crítica que la política poco definida del gobierno contribuyó a fomentar.

Si el radicalismo pareció, durante su etapa abstencionista, inclinarse por las medidas revolucionarias, una vez en el poder se mostró más inclinado a oficial de Integrador entre intereses contrapuestos. Posición que está en la base de una acción zigzagueante donde se mezclan proyectos estatizantes en materia social y económica con la defensa de la soberanía nacional y actitudes en el

terreno laboral destinadas a mantener el sistema.

Mucho se ha polemizado sobre las razones de esta política ambivalente. Desde aquellos que afirman que los sectores medios sólo buscaban el poder como un medio de compartir los beneficios del sistema con la oligarquía, hasta quienes adjudican a esta última la habilidad de haber frenado los ímpetus revolucionarios del radicalismo, integrándolo pacíficamente al poder. Es posible que ambas opiniones tengan su parte de verdad.

El movimiento popular de alcances nacionales que llevó al poder a Hipólito Yrigoyen, si bien heterogéneo en su composición, en su gran mayoría configuró una oposición abierta a la oligarquía gobernante y a la ideología liberal. Pero este impulso inicial estaba destinado a perder fuerza a corto plazo y, por lo mismo, las posibilidades de realizar una transformación desde las bases, se diluyeron también progresivamente. El país abierto a todos los rumbos que era la Argentina de la época, producto de una mal soldada integración de elementos locales y extranjeros, sin tradiciones comunes, con una configuración clasista más bien difusa, excepto en el caso de los sectores oligárquicos, apoyada en la movilidad económica típica de las regiones en expansión, no llegó a afianzarse en un movimiento único lo suficientemente poderoso como para imponer una soberanía real. Pasada la coyuntura electo-

1. *Marcelo T. de Alvear.*



ral, la falta de un objetivo bien definido en tal sentido por una parte, unido a intereses concretos de tipo material que alentaban ciertos sectores del movimiento, convirtieron a éste en un mero partido político que, como tal, estaba en inferioridad de condiciones para implantar una política coherente pese a sus bases mayoritarias.

Carente de un programa concreto, aglutinado en torno a un ideal nacional más sentido que razonado, el radicalismo no llegó a concretar el pensamiento primitivo de su jefe; por el contrario, arrastró en su indefinición al mismo Yrigoyen presidente, por lo menos en su primer período gubernativo.

Se han señalado ya algunos intentos destinados a devolver al país el control de su comercio exterior que no tuvieron el apoyo de las Cámaras. Pero si estas tentativas se orientaban a mejorar las condiciones de comercialización de los productos agrícolas, no tocaron a la ganadería. A fines del primer período presidencial de Yrigoyen, ingleses y norteamericanos se repartían el mercado ejerciendo, dada la importancia del sector, una mal encubierta influencia política que consiguió frenar exitosamente toda medida que lesionara sus privilegios.

Los intereses agroexportadores, desplazados momentáneamente del gobierno, mantuvieron sin embargo el poder suficiente como para impedir cualquier cambio profundo en el sistema. En este sentido se ha insistido reiteradamente en el error inicial del radicalismo de conservar la estructura pluripartidaria, de mantenerse en suma dentro de los lineamientos fijados por la Constitución, re-

nunciando al control efectivo de todos los resortes del poder mediante un acto revolucionario. Tuvo, en consecuencia, el poder político en forma condicionada a un poder económico que no detentaba y éste terminó por esterilizarlo.

Su política en materia industrial y obrera es también un reflejo de esta situación. Pese a las posibilidades abiertas por la guerra al desarrollo de una industria nacional, la presión de los sectores interesados en mantener los lineamientos tradicionales basados en la exportación agrícola ganadera y la importación de artículos manufacturados, circuito que favorecía sin duda la comercialización en el exterior de aquellos productos, en la medida en que existía un monopolio por parte del mercado comprador, la presión de dichos grupos, como hemos dicho, consiguió invalidar los esfuerzos de los sectores industriales en pro de un efectivo proteccionismo. Finalizada la guerra, la situación hizo crisis con la reaparición de la producción industrial externa y el desarrollo de una industria nacional quedó nuevamente postergado.

La política conciliatoria de los distintos sectores también se refleja en la actitud del gobierno frente a las reivindicaciones obreras. Si por una parte apoyó leyes sociales protectoras de los derechos del trabajador y permitió huelgas reivindicatorias, por lo que fue acusado duramente por la oposición, tan pronto los grupos enfrentados —proletariado y oligarquía— llegaron a una situación de radicalización total en sus posiciones respectivas, Yrigoyen perdió toda posibilidad de continuar en su papel de mediador. En la dis-

yuntiva se definiría en favor de los sectores tradicionalmente poderosos, desatando violentas represiones contra el movimiento obrero. Pero esta actitud, a primera vista contradictoria, es tal vez uno de los rasgos más coherentes del movimiento. Un movimiento que si contó con el apoyo del proletariado en sus momentos iniciales no dejó de representar básicamente a la clase media con su mentalidad de ascenso pero siempre dentro de los límites establecidos por el orden social existente.

Esta característica del radicalismo de la época se manifestará asimismo de un modo muy claro en el apoyo gubernamental prestado al movimiento de reforma universitario que estallara en Córdoba en 1918.

La clase media que había logrado ascender al poder político, buscaba ahora ascender en el plano social y una de las vías era la Universidad. Cerrada hasta entonces la institución a toda intervención ajena a los intereses oligárquicos, la reforma significaba una apertura a los nuevos sectores medios que en efecto lograron acceder al control; un control indudablemente compartido como ocurría a nivel del Estado.

Con la renovación presidencial, al finalizar el período de Yrigoyen, el radicalismo adquirió características más definidas en cuanto a los objetivos perseguidos como representante de las clases medias.

La reelección posterior de Yrigoyen, agudizaría las contradicciones iniciales que estuvieron en la base de su ascenso en 1916, contradicciones que terminaron por dar con tierra con un ensayo que duró casi quince años.



1. Pabellón de la Sociedad
Rural Argentina.

J. Corbellán.

La Sociedad Rural Argentina

"Hasta la década de 1930, la única gran institución de los estancieros fue la Sociedad Rural Argentina. La extensión de la influencia política de esta organización fue desde hace tiempo una fuente de especulación y debate (...)

Como medio de investigar este problema sería útil analizar la representación de la Sociedad en los gabinetes presidenciales. A pesar de la creciente actividad del Congreso, el Poder Ejecutivo continuaba siendo aún la parte más poderosa del gobierno. Además, los ministerios proporcionan ciertas claves significativas acerca de la distribución y tipos de influencia política. Los miembros del gabinete ejercían influencia en ocho ramas diferentes —tales como Hacienda, Relaciones Exteriores o Agricultura— y había relativamente poca intrusión entre las distintas esferas. De modo que podemos discernir no sólo si la Sociedad tenía acceso al poder; dentro de ciertos límites, podemos descubrir también dónde era más poderosa su influencia.

La Sociedad Rural gozaba de significativa representación en el gobierno. Entre 1910 y 1943 cinco de las nueve administraciones presidenciales fueron encabezadas por hombres pertenecientes a la Sociedad; esto es, más de la mitad de los jefes del Ejecutivo eran prominentes estancieros. De unas 93 designaciones para puestos ministeriales durante el mismo período, no menos de 90 —más del 40 %— recayeron en miembros de la Sociedad. Además, (...) la Sociedad tendía a controlar los ministerios de mayor importancia, sobre todo Relaciones Exteriores, Hacienda y los puestos militares. La influencia de la institución era particularmente aparente respecto de la ganadería y la agricultura. De los catorce titulares designados para el ministerio de Agricultura, doce pertenecían a la Sociedad y dominaron ese ministerio más del 90 % del tiempo. Era también costumbre gubernamental consultar a la Sociedad acerca de todos los problemas relacionados con la ganadería. Acaso el hecho más provocativo fuera el que la Sociedad Rural generalmente sobrevivía a las vicisitudes de los partidos políticos. (...) la Sociedad estaba fuertemente representada en el gabinete, antes, durante y después de los gobiernos radicales de 1916-1930. Y en cada uno de esos periodos distintos, aproximadamente el 15 por ciento de todas las bancas del Congreso fueron ocupadas por miembros de la Sociedad. (...) Otro 15 % de los legisladores tenían apellidos que aparecían en las listas de la Sociedad; con toda probabilidad, estos hombres estaban relacionados familiarmente con miembros de la Institución."

(Extractado de Peter H. Smith, Carne y política en la Argentina, Buenos Aires, 1968).

La reacción nacionalista

Ismael Viñas

El mito

Poco a poco se ha ido creando en nuestro país un mito, que sigue creciendo, alimentado por diversas fuentes: podríamos llamarlo el mito del "nacionalismo". Ha crecido tanto, que hoy parece un frondoso árbol. Sus ramas, nudos, horquetas, hojas y flores amenazan con cubrir el cielo, y hasta con producir un subproducto igualmente extendido: la historia del nacionalismo, la erudición del nacionalismo, con sus apolo-gistas, exégetas y hermeneu-tas. A tal punto se ha vuelto frondoso e intrincado, que es difícil presentar un esquema de lo que sería el nacionalis-mo según sus cultores. Y bas-tante más difícil separar en él lo que hay de real (pues toda nación burguesa tiene, efectivamente, su nacionalis-mo), de lo que es pura fábula. Sin embargo, examinando con cierto cuidado lo que sus cultores con más pretensio-nes científicas cuentan de él, el nacionalismo vernáculo tendría dos ramas principa-les: una aristocrática u oli-gárquica, llamada también a veces "nacionalismo de de-recha", y otra "popular". El mito presenta sus singulari-dades: ambas ramas habrían vivido (y estarían viviendo aún) una existencia compleja y contradictoria, por la cual, coincidiendo en lo principal (su esencia, el nacionalismo), algunas veces vendrían a con-fluir y a marchar armoniosa-mente, y otras lucharían en-tre sí, contribuyendo a permi-tir el triunfo de su enemigo: el liberalismo, la "oligarquía

liberal", la "antipatria", el "Régimen". Formando sólo una variante de esa historia ideológica que nos es entre-gada habitualmente como si fuera la historia real, y que supone que los hombres, las clases y los pueblos no son sino encarnación de ideas absolutas en eterno desarro-llo y en conflicto entre sí, la historiografía nacionalista no es otra cosa que la creencia en que existe una esencia, el llamado "ser nacional", con sus héroes y portavoces, sus enemigos, sus traidores. No es éste el lugar para anali-zar en conjunto ese mito, pe-ro sí un aspecto de él: aquel que ubica los orígenes del nacionalismo actual en la dé-cada de 1920, buscando allí sus raíces modernas, y pre-sentando algunas figuras de esos años como los padres intelectuales, si no políticos, de lo que se ha dado en lla-mar la "conciencia nacional". Lugar prominente entre ellos ocupan Lugones y Carlos Ibar-guren, algunas veces casi solitarios, otras acompañados por una corte menor, especial-mente formada por aquellos que colaboraron en periódicos como *La Fronda* o *La Nueva República*. El llamado nacionalismo de derecha insiste en unirlos a todos. El lla-mado nacionalismo popular trata de distinguir entre unos y otros, poniendo aparte, por ejemplo, como antepasados suyos legítimos, a Lugones o a los Irazusta, y renegando de otros, como Laferrère, Cé-sar Pico o Carulla. Sin em-bargo, todos ellos colabora-ron en los mismos periódicos, actuaron como un grupo

1. Leopoldo Lugones.

Martín Fierro, 24 de enero de 1925.



más o menos unido en la conspiración que llevó al 6 de setiembre de 1930, y, como veremos, compartieron las mismas ideas, la misma posición política, y, a lo sumo, se distinguieron por matices, o por concepciones posteriores a 1930 que algunos agregaron a su ideario primitivo.

Componentes del nacionalismo

Si tratáramos de aislar y destacar los elementos que se supone constituyen el "nacionalismo", tanto en la opinión popular como en la de los ideólogos, aparecerían un puñado de características: la defensa del patrimonio nacional frente a los capitales extranjeros; la propuesta de una política exterior independiente como expresión de la soberanía; el rescate de un pasado que corresponde a la exaltación de la Argentina como nación y de su "personalidad" como tal frente a las otras naciones; el rescate de algunas figuras del pasado (como la de Rosas), en cuanto expresión de esa personalidad política independiente; el principio de lo que ahora suele llamarse en nuestro país "justicia social", como reconocimiento de los derechos del "pueblo trabajador", de las "clases trabajadoras", o, al menos, cierta simpatía por las clases explotadas o los sectores oprimidos del pasado, representados por el gaucho, el indio, las montoneras. Como complemento, otro puñado de caracteres que serían la contrafaz de los anteriores: el repudio de las potencias imperialistas cuyos monopolios han penetrado en nuestro país y que han subordinado a sus intereses la política de las llamadas "clases dirigentes locales" (la tam-

bién llamada oligarquía); la oposición a tales "clases dirigentes" por su subordinación al imperialismo; el rechazo de las figuras históricas y las facciones políticas que las han expresado o representado (el unitarismo, el mitrismo, el roquismo); la denuncia de las injusticias económicas y sociales.

Al repasar la historia personal de cada uno de estos "nacionalistas", tanto cuando aún actuaban como simples individuos (hasta más o menos 1926-28), como cuando aparecieron públicamente conformando ya una tendencia política (en la oposición a Yrigoyen), nos encontramos con que nada del mito queda en pie: hasta 1930 se comportaron como miembros fieles de esa "oligarquía" de la que se los pretende presentar como antítesis, compartiendo sus opiniones, la misma perspectiva histórica y política, y actuando como sus voceros intelectuales y aun, en algunos casos, como sus representantes políticos activos. En todo caso, si en algunos aspectos no tuvieron las mismas ideas que el grueso de ese sector de la burguesía, no expresaron sino diferencias secundarias que eran compartidas por grupos importantes del mismo. Y tales diferencias no versaban más que sobre el modo de asegurar los intereses de esa capa social, amenazados por otras clases. A lo sumo, interpretaban los intereses específicos de algún grupo de la gran burguesía, que coincidían en lo fundamental con el conjunto de su sector social, pero que tenían con él algunas diferencias parciales. Sin embargo, una salvedad: la mayor parte de los nacionalistas a que estamos aludiendo pertenecen por vínculos familiares a la gran bur-

guesía, están emparentados a viejas familias, una parte de cuyos miembros siguen siendo efectivamente grandes burgueses. Pero ellos son por lo general "parientes pobres", pequeños burgueses en realidad, que actúan como intelectuales de su clase, la que los remunera con cargos públicos, que en muchos casos se combinan con el ejercicio del periodismo o de la docencia. Esto se trasluce en sus opiniones: aunque expresan a la burguesía, las ilusiones pequeño-burguesas suelen aparecer aquí y allá (algunas veces con más fuerza, otras más débilmente), sobre todo en la tendencia a glorificar el pasado, como una forma superideológica de ese querer "dar marcha atrás la rueda de la historia", característica de la pequeña burguesía. Pero como en ese momento la burguesía mundial en su conjunto se encuentra también a la defensiva frente al avance de la revolución proletaria (no nos olvidemos que nos estamos refiriendo al período inmediatamente posterior a 1917), y en nuestro país existe una situación que refleja esa coyuntura mundial, aunque con sus peculiaridades y ritmo propios, también en este aspecto los nacionalistas pueden actuar sin mayores contradicciones como voceros de la gran burguesía. Solamente después de 1930 advertirán muchos de ellos que existen diferencias entre sus ilusiones y el realismo de esa gran burguesía a la que creían pertenecer de pleno derecho, cuyos voceros creían ser. También en ese momento aflorarán otros elementos pequeño-burgueses entre nuestros nacionalistas: el odio a los monopolios, la ilusión de una sociedad basada en la pequeña propiedad y la pequeña



Las tormentas... ¡qué pronto llegaron! El año del Centenario fue el último feliz. Termina ahí la luna de miel de la Argentina y se inicia para ella, para el mundo... la Via Crucis que habremos de recorrer hasta el presente... aquí en la Argentina, huelgas generales, elecciones sangrientas, atentados, demagogia. La tierra tiembla... 1914 ¡la primera guerra mundial!

Volví otro de Europa. El espectáculo de la guerra no me había impedido echar una mirada sobre el panorama de la Francia eterna, esa que "en mil años hicieron cuarenta reyes". Gran lección de filosofía política corroborada por el descubrimiento de Maurras.

Durante ese tiempo aproveché un descanso para... llegar a Inglaterra... vi recortarse los encajes ojivales de Westminster, la cúpula de San Pablo, la columna de Nelson y la estatua de la reina Victoria, frente al Buckingham Palace. La visión de esas siluetas... terminó de aventar de mí inteligencia los residuos de las ideologías que abracé en los años mozos... Las lecciones de Francia e Inglaterra fueron para mí como una revelación del arte de gobernar...

(Juan E. Carulla. Genio de la Argentina. Buenos Aires, Moderna, 1943).

1. Monumento a Sarmento, de Rodin, receptor frecuente de las iras de grupos nacionalistas, materializadas en bombas de alquitrán.

1. Corbaidón

"El tema del día es la tendencia, cada vez más acentuada, a subordinar la vida económica de la nación a las directivas del Estado... esa corriente avasalladora que tiende a convertir al Estado, como dice una reciente nota de las fuerzas vivas del comercio y la industria, «en juez único, a la vez que parte interesada como competidor con toda la fuerza que le da el monopolio».

"Hace algunos años el Estado se adueñó del petróleo con los resultados que se conocen. Se trata ahora de extender aquella política intervencionista... aun en el caso de presentarse en nuestro país la posibilidad de un régimen corporativista, pongamos por ejemplo, cabrían en su trama leyes amparadoras de la iniciativa individual en el campo de la producción... puede impugnarse cuanto se quiera la doctrina liberal en el terreno políticojurídico, mas forzoso es reconocer que ciertos principios de la economía liberal convienen todavía a una república como la nuestra... Lejos de oponerse a la industria privada, el Estado debe alentarla y estimularla favoreciendo el juego de sus intereses (pág. 70/75).

"El móvil que nos induce a escribir esta líneas es... la defensa de la familia como base fundamental de la sociedad y del Estado. La oportunidad nos la brinda un reciente mensaje a las Cámaras del Poder Ejecutivo, proponiendo nuevos gravámenes impositivos a la herencia... Los actuales impuestos a la herencia constituyen ya una contribución onerosa y, a veces, confiscatoria de los bienes hereditarios. Cabe recordar... que las leyes que los crearon, en fecha no muy lejana, están inspiradas... por ideologías «avanzadas» contrarias a los principios jurídicos y filosóficos del derecho natural. La demagogia ofreció a la voracidad fiscal en la bandeja de plata de esas doctrinas, tan novedosas como arbitrarias, una presa succulenta...

"¡Cuidado! La sociedad argentina atraviesa por una crisis gravísima, cuyo principal síntoma es, precisamente, el debilitamiento de los principios que rigen la existencia de la familia. ¿Cómo, pues, aceptar sin la condigna protesta, que se intente la creación de nuevas limitaciones al derecho de sucesión, que es uno de los puntales jurídicos de la familia y de la nación?" (Pág. 184).

(Juan E. Carulla. *Genio de la Argentina*. Buenos Aires, Moderna, 1943).



empresa, los ataques a los negociados, las denuncias a la acción imperialista. Pero esa es otra historia, producto de la crisis de las estructuras agrarias tradicionales y de la desilusión política, que afectarían particularmente a las capas pequeño-burguesas a las que pertenecían nuestros nacionalistas. La historia posterior a 1930, en efecto, constituye en nuestro país el comienzo de un viraje en el que nace la Argentina contemporánea, plenamente capitalista, en la que predominará la industria sobre el agro y en el mismo agro se impondrá la producción capitalista sobre la producción mercantil simple, con una consecuencia trascendental: la aparición de la clase obrera como el sector social cuantitativamente más fuerte tanto en la ciudad como en el campo. No es porque así que muchos de nuestros nacionalistas se arrepintieron en esos años de su anti-yrigoyenismo, y que más tarde acogieron eufóricos la aparición de Perón. Pero no es ese segundo momento del nacionalismo el que toca contar aquí, sino el de los años en que ellos ubican sus orígenes.

Los arquetipos nacionalistas

Veamos, pues, quiénes eran y qué hicieron y dijeron nuestros nacionalistas, tomando como modelos a aquellos que ellos mismos ven como arquetípicos entre los que pueden ser señalados como los fundadores de la tendencia (puede confrontarse lo que decimos y lo que veremos a continuación con *La formación de la conciencia nacional*, de J. J. Hernández Arregui, capítulo 3, y en especial, los párrafos *Leopoldo Lugones: hombre clave* y *El pensamiento lugoniano*).

Con Ingenuidad, Carlos Ibarguren termina su libro, *La historia que he vivido*, transcribiendo una carta que dirigió a Robustiano Patrón Costas el 17 de mayo de 1943. Allí, señalando con énfasis su "posición consecuente con (las) ideas nacionalistas y de transformación radical del actual régimen", le expresa: "Esperaba la proclamación oficial de su candidatura para escribir a Ud. y felicitarle como amigo que mucho le aprecia; mas lo hago antes de esa proclamación porque Ud. es mirado no sólo como el candidato ungido por los partidos de la Concordancia, sino también como el futuro presidente de la Nación... Considero que Ud. es la única persona de entre todos los políticos militantes —sean estos oficialistas o de la oposición— que tiene la dignidad personal necesaria para ser candidato a presidente. Sigue inmediatamente la respuesta de Patrón Costas, y luego, como palabras finales del libro, una breve reflexión: "Cuatro días después de recibir esta respuesta... se pronunció el levantamiento militar dirigido desde Campo de Mayo por el ministro de Guerra, general Ramírez —jefe nato del GOU—. Este acontecimiento trascendental —comienzo de una revolución que ha iniciado una nueva etapa en la vida argentina— proclamó como bandera los anhelos nacionalistas puntualizados en mi carta al doctor Robustiano Patrón Costas...". El libro se terminó de escribir en 1954. Lugones, por su parte, apoyó en 1904 la candidatura del mitrista Quintana, prominente figura del "régimen", abogado de los ferrocarriles ingleses. Y después del 30, la candidatura del general Justo, a quien, por otra parte,

dedicó su famoso "Discurso de Ayacucho", en su calidad de Ministro de Guerra de Alvear y jefe de la delegación argentina ante el gobierno del Perú (de la que Lugones formaba parte"). En esa ocasión lo llamó "la más competente, limpia y joven espada del comando argentino". Patrón Costas, Quintana, Agustín P. Justo. Tres de los nombres que los nacionalistas actuales inscriben entre las figuras más execrables del pasado, al lado, por lo menos de Mitre, Rivadavia y Sarmiento. Ya vemos que, al menos en este aspecto, la perspectiva y el comportamiento de los padres del nacionalismo difiere bastante de la imagen que corre como moneda común.

Pero podría ocurrir que se tratara de opiniones circunstanciales, debidas a relaciones personales particularmente amistosas de Lugones con Quintana y Justo y de Ibarguren con Patrón Costas. Esto último puede ser cierto pero no sucedía lo mismo en el primer caso. Cuando Ibarguren escribió a Patrón Costas ya estamos muy avanzados en la década del 30, y el nacionalismo ya existía como corriente política: Ibarguren, afiliado a la misma, si- que sin embargo fiel a una conducta que aparecerá como una constante en el nacionalismo. Sus miembros "saben" que pertenecen a la misma clase que los hombres del "régimen", que, como ellos, forman parte de la burguesía y este saber (que responde a un hecho real) permanece en el fondo de todas sus actitudes políticas, aun en los momentos de enfrentamiento más duros, aun acompañando a las denuncias más virulentas. La diferencia entre lo que los apologistas actuales llaman el "naciona-

lismo de derecha" (Hernández Arregui, obra citada), o el "nacionalismo oligárquico" (Jorge Abelardo Ramos, Spilimbergo) y el que denominan "nacionalismo popular" (con el que designan al yrigoyenismo y al peronismo), es sólo de matices. Los "nacionalistas oligárquicos" se sienten miembros de las capas altas de la burguesía (aunque pertenezcan a ella tan sólo en el carácter que ha señalado antes). Y sienten cierto desprecio ante el "plebeyismo" de los "nacionalistas populares", a la vez que desconfían de las masas que estos movilizaron, y fácilmente reaccionan con odio y temor de clase cuando esas masas aparecen como proletariado. Los "nacionalistas populares" confían, en cambio, en que serán capaces de manejar a esas masas, y sólo en los momentos críticos de la lucha de clases retroceden desordenadamente al seno de la burguesía. Pero en ambos casos la política dirigida hacia las clases populares pretende sólo mantener a esas masas dentro del orden burgués, y tanto unos como otros (los nacionalistas oligárquicos y los populares) tendrán siempre la esperanza de que el conjunto de su clase, la burguesía, comprenda su política, y tratarán de convencerla en ese sentido. Cuando Ibarguren publicó su *Juan Manuel de Rosas*, al final de la década del 20, se preocupó de destacar esa actitud en el "Restaurador", transcribiendo largamente las opiniones de éste al respecto, hechas saber al gobierno del Uruguay: "...respeto mucho los talentos de muchos de los señores que han gobernado el país, y especialmente de los señores Rivadavia, Agüero y otros... pero a mi parecer todos cometen un

gran error; se conducían muy bien con la clase ilustrada pero despreciaban a los hombres de las clases bajas que son hombres de acción. Yo noté eso desde el principio y me pareció que en los lances de la revolución, los mismos partidos harían de dar lugar a que esa clase se sobrepusiese y causase los mayores males, porque Ud sabe la disposición que hay siempre entre los que no tienen contra los ricos y superiores. Me pareció, pues, muy importante conseguir una influencia grande sobre esa gente para contenerla o para dirigirla...". Es que Ibarguren se proponía destacar y proponer como modelo este aspecto de la política de Rosas, que él compartía, al par que también compartía con el resto de su clase sus opiniones corrientes sobre aquél al que al mismo tiempo calificaba de "tirano", cargado de sombras, sediento de venganza y de castigo" (obra citada páginas 256/57). ¿No es ésta la misma preocupación que aparece en Yrigoyen cuando trataba de mostrar a la burguesía los beneficios de un gobierno que apareciera como mediador entre obreros y patrones? ¿No es ésta uno de los temas de los discursos que Perón dirigía a la burguesía, cuando le explicaba la necesidad de "humanizar el capital" y le aseguraba: "No somos de manera alguna enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores"? (21 de octubre de 1946 *Doctrina peronista*, pág. 120). Pero volvamos a nuestros precursores del nacionalismo. Lo que trato de subrayar es cómo, a lo largo de toda su vida, tanto Lugones como Ibarguren se identificaron no sólo con la burguesía en su conjunto, sino con las capas

dominantes de la burguesía, con la gran burguesía local. Baste un ejemplo más. Respecto de Roca, de quien fue Subsecretario de Agricultura en su segunda presidencia, Ibarguren traza el siguiente retrato: "Roca... era un verdadero conductor de pueblos y de ejércitos, pero no tribuno, demagogo, ni caudillo de masas... (de) mirada de estadista, penetrante y clara... espíritu libre de odios y rencores. Carecía de prejuicios y empecinamientos, era flexible, tolerante, reflexivo y muy observador. Era un señor en el concepto cabal de esta cualidad..." (*La historia que he vivido*, páginas 36, 126/27). En 1937 durante el gobierno del general Justo y de Julio A. Roca, la Comisión Nacional de Homenaje al general Roca (padre del Vicepresidente de la República), encargó a Lugones que escribiera el panegírico del único presidente argentino que ha completado dos mandatos. La obra de Lugones quedó trunca por su muerte, pero lo que escribió es absolutamente canónico, al punto de que fue publicado tal como estaba. En fin, el juicio de Ibarguren que prácticamente repasa uno por uno a todos los que figuraron en la política argentina desde la caída de Rosas hasta el 43, cuando se refieren a la oligarquía se resume en esta frase: "Todos... constituyeron con sus virtudes y sus luces, un magnífico patriado que desde el gobierno o fuera de él, dio lustre a la sociedad argentina, organizó y engrandeció la patria". Lugones, por su parte, al apoyar en 1903 la candidatura de Quintana, bajo la presidencia de Roca, se apresura a declarar su gobierno "con los de Mitre, Sarriente y Avellaneda, entre las presiden-



1. Leopoldo Lugones en un viaje a Europa, 1913.

"Ya has visto — escribe Rosas a doña Encarnación desde su campamento del Colorado — lo que vale la amistad de los pobres, y por ello cuánto importa el sostenerla y no perder medios para atraer y cultivar sus voluntades. No repares, repito, en visitar a las que merezcan. A los amigos fieles que te hayan servido, déjalos que jueguen al billar en casa y obsequíalos con lo que puedas". "Y la niña — comenta, por su parte Iberguren —, mandada al salón de billar por sus padres, debía sonreír y agasajar a esos tertulianos, de cuya boca sólo salían sandeces y palabrotas", y agrega "Rosas y doña Encarnación mantenían íntima vinculación con la negrada y dos domingos mandaban a Manuelita a los bailes de esa chusma. La niña no podía sentirse a gusto, a pesar de la costumbre y del ambiente, con la barbara algazara y las rondas cantadas con lengua enrevesada y con voz aguardentosa al son de candombes y de tamboriles" (págs 20/21) "El golpe fue dado, las turbas y la soldadesca derrocaron al gobernador Balcarce y dominaron la ciudad aclamando el nombre del ilustre Restaurador de las Leyes y doña Encarnación, furibunda, prepara y arma, a la vista de su hija Manuelita, mesnadas de malhechores para que asalten y atemoricen a los adversarios" (pág. 23).

(Carlos Iberguren, Manuelita Rosas).

"Las arcas públicas se llenan con el sudor, la fatiga, la sangre y las lágrimas de los desvalidos... lo que en todo tiempo ha creado la más repugnante de las industrias, la de la explotación de las masas ciegas por los mas inteligentes y malvados... Durante muchos siglos sirvió de talismán el cuento del infierno, que decía Voltaire, era la despensa de los frailes. Hoy la explotación se hace con igual éxito con el cuento de la democracia a base del sufrimiento universal que impone la ley del número sobre la preparación y el talento.

"La enfermedad acaso más grave que aqueja al género humano en estos momentos en todos los pueblos de la tierra es la falta de cultura de las turbas... Ni la justicia, ni el amor, ni la tranquilidad, ni la paz, han de imperar en el mundo mientras no se consiga dar a cada uno lo suyo en el orden moral e intelectual, es decir, hasta que no sea posible hacer que el último infeliz, pueda cultivar su mente y corazón hasta el límite que le permita su capacidad biológica. Mientras tal no suceda, continuará perpetrándose el peor de los crímenes: el de la explotación del hombre por el hombre, con distintos géneros de cuentos, como el de la democracia que hoy impera en el mundo con el resultado de seleccionar a los inferiores. Y los cerebros vacíos y los corazones enfermos continuarán vengándose de la sociedad... pariendo monstruos como los de las revoluciones francesa, rusa y española y dando a la luz engendros de la hipocresía y de la mentira, al estilo de Hipólito Yrigoyen..." (págs. 32/33).

"Buenaventura Durruti, el pistolero que dio muerte hace diez años entre nosotros al pagador del Hospital Rawson... regresa a España y se convierte en héroe de leyenda en Barcelona... Lenin, que asesina con dinamita y roba bancos, termina por ocupar el trono del Zar... Estos pistoleros de pueblos, principian por levantar su pedestal en la agitación ruidosa de los mítines callejeros. Poseen un arte instintivo para trastornar las masas... operan sobre enormes cifras de analfabetos o semianalfabetos, que aceptan como verdades... una prédica hablada y escrita, que tiene por base una ofensiva de desnudos: «los ladrones del pueblo», «el régimen oprobioso», «la libertad de sufragio»... De esta nube de miasmas, salen los héroes de todos los movimientos del populacho, que lo que en el fondo persiguen es la liberación de todos los vínculos de la cultura, romper con los frenos de toda especie de moral, y una rabia sorda contra toda superioridad moral e intelectual puesta de manifiesto entre nosotros en los años 1916 a 1922 y después de 1928 a 1930, ira que se hizo extensiva al pasado, pues si el Sr. Yrigoyen hubiese podido, borra nuestros días fastos y nuestras glorias de una plumada, como lo hizo Rosas..."

(Benjamín Villafañe, *La tragedia argentina*. Buenos Aires, 1949)



1. Manuel Gálvez.

2. Ricardo Rojas.

clas históricas" (conferencia en el Teatro Victoria, del 6 de noviembre de 1903). Y veintisiete años más tarde, bajo el gobierno de Uriburu, apura este balance: "Seis meses después (del golpe del 6 de setiembre), el país ve restablecido su crédito... Iniciada su política económica... rehecha la disciplina universitaria... acometido a fondo el reajuste de la administración... fomentado y defendido con incansable celo el bienestar común..." (*Política revolucionaria*).

Como se ve, difícil resulta advertir en nuestros dos precursores del nacionalismo ninguna rebeldía contra la oligarquía local y sus representantes. Más bien lo contrario.

Cierto es que Ibarguren criticó con posterioridad a 1930 (en *La inquietud de esta hora*, por ejemplo) la situación de dependencia económica de la Argentina respecto de Inglaterra y la subordinación política que de esto se derivaba. Pero se trata ya del cambio que ha señalado el comienzo de este trabajo, y en el que Ibarguren no hizo sino acompañar, entre otros, a Enrique Uriburu, que antes de dar tal giro fue ministro de Hacienda del gobierno surgido del golpe del 6 de setiembre. Y aún así, la crítica de Ibarguren es bien singular: critica parcialmente a Justo, pero respecto del pasado no tiene sino alabanzas para la acción de la gran burguesía en este terreno, considerando, por ejemplo, que la ley de Conversión de 1889 constituyó una "gran obra", de "resultado magnífico", y hasta sosteniendo que la unificación de la deuda pública presentada por Roca en 1900 [y retirada ante la violenta oposición que levantó] "era, sin duda prácticamente ven-

tajosa" (*La historia que he vivido*, páginas 130/33). Pero hasta de la obra del gobierno de Justo y de su ministro Pinedo encuentra hechos que alabar: critica la ley que creó el Banco Central y los convenios de carnes, pero encuentra que la creación del Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias "ha prestado un inmenso servicio", y que "la Junta Nacional de Carnes, la Reguladora de Granos, la de la Industria Lachera y la Reguladora de Vinos" demuestran que en el pasado se preveían y conjuraban con acierto los peligros y las situaciones críticas de nuestras industrias fundamentales, y que, en este aspecto del desenvolvimiento del país, existían eficaces defensas".

De Lugones suele afirmarse que fue uno de los pioneros del nacionalismo económico, y citarse, para avalar esa opinión, su libro *La grande Argentina*. Esto sólo demuestra lo poco y lo mal que se lee. Pues si en esa obra Lugones sostuvo la necesidad de que la Argentina dejara de ser un país agropecuario, y defendió la tesis de que era necesario impulsar la industrialización (lo que representa, en efecto, un cambio respecto de sus posiciones virgilianas de años antes, documentadas, por ejemplo, en su *Oda a los ganados y a las mieses*) su industrialismo estaba bien lejos del nacionalismo económico. En realidad, en esa obra, y en ese aspecto de la misma, Lugones no hizo más que tomar parte en la campaña que en esos momentos desarrollaba la Unión Industrial, vocero, fundamentalmente, de las empresas pertenecientes a los capitales de los monopolios internacionales con inversiones en las manufacturas locales. Tal campaña era acompañada y

complementada por consecuentes ataques contra el nacionalismo económico que se había profundizado en la acción del gobierno yrigoyenista justamente en esos años (1928-30). Y en el libro de Lugones las propuestas industrialistas se ciñen a tal perspectiva. En la terminología actual, Lugones sería considerado como un partidario de la libre empresa, favorable a la penetración de los monopolios.

Pero dejemos la palabra al propio Lugones. Su punto de partida era que "la república rural que hasta hoy somos, constituye de hecho un estado colonial respecto de las naciones que habiendo alcanzado civilización completa, mantienen su industria con los productos primarios suministrados por aquélla", para concluir en que "el fomento de la industria nacional equivale a un verdadero movimiento liberador". No hacía de tal modo Lugones sino ubicarse en la línea que ya en 1872 habían sostenido Vicente Fidel López en la *Revista del Río de la Plata*, y en los debates de la Cámara de Diputados en 1875/76 el mismo López, Carlos Pellegrini, Miguel Cané, Dardo Rocha y otros, en defensa de la tesis de que "todo país debe aspirar a dar desarrollo a su industria nacional... y para conseguirlo debe alentar su establecimiento, allanando todo en cuanto sea posible las dificultades que se opongan a él" (discurso de Pellegrini, *Diario de Sesiones*, tomo 2, pág. 1.123). Esa posición de Lugones se completaba con la defensa de las empresas privadas frente a la acción del Estado, y la completa descalificación de ésta: "Comparados con los ferrocarriles de la Nación, los particulares mueven, por empleado, mu-



1 Agustín P. Justo.
José Félix Uriburu
y Lisandro de la Torre
en una caricatura de
Caras y Caretas



chos más pasajeros y cargas; sus salarios son un veinticinco por ciento más altos, y su costo un ocho por ciento menor. La explotación particular es, pues, más útil al obrero, al capitalista, al pasajero y al cargador. Las otras dos grandes industrias del Estado, el petróleo y la comunicación postal y telegráfica, confirman la regla...". Como es fácil advertir, las posiciones de Lugones en materia económica no eran en 1930 más que las de un grupo de la gran burguesía, y no contradecían en nada su vieja adhesión al roquismo, al progresismo liberal de los hombres del 80.

Fácil sería extender los ejemplos que muestran cómo Lugones e Ibarburen compartían puntualmente las perspectivas, opiniones y tendencias de la gran burguesía de su tiempo, expresando aun en lo que parece contradecir la nada más que los conflictos que existían en el seno de esa gran burguesía. Pero para rematar con este aspecto de la cuestión basta señalar que eso ocurría también respecto de los prejuicios de esa capa social, prejuicios que a veces de modo caricaturesco, apenas alcanzan a velar el odio y el miedo de clase frente al proletariado. Frente a las montoneras, como frente al gaucho o al indio, la operación practicada por la burguesía ha sido señalada muchas veces ante el explotado y el oprimido actual, el proletariado, y ante sus luchas, la burguesía, que no puede aceptar que las mismas se originen inevitablemente en un sistema en que basa su existencia como clase, necesita atribuirles a la influencia de ideas exógenas, introducidas desde afuera, negando que nazcan del interior mismo del sistema. La

lucha de clases se originaría así en la acción de "ideólogos" y "perturbadores" extraños, "ajenos", "extranjeros". De allí nace ese nacionalismo por el cual la burguesía se confiere atributos especiales provenientes de valores irracionales: la tierra, la sangre, los antepasados, que le darían el derecho a perpetuarse como clase dominante. Y de aquí a ver ese pasado como el paraíso perdido, en el que amos y señores vivían felices y sin discordias, y a atribuir a los oprimidos y explotados de entonces la conformidad con su situación, revestida de los mismos valores señoriales que ellos se atribuyen, no hay más que un par de pasos. Ibarburen comienza sus memorias señalando: "Salta (su tierra natal) es, todavía, la ciudad argentina que conserva fielmente ciertas características de la época colonial... La hidalguía ancestral de la raza, la hospitalidad, la altivez frente a los ensoberbecidos y la familiaridad paternal del patrón con el servidor humilde, caracterizaban (al) señor salteño". Y Lugones le contesta como en un contrapunto en sus *Poemas so-lariegos*, en *La guerra gaucha* o en *El payador*, obra ésta que, según declara, presentó "a la metrópoli descaracterizada como una nueva Salónica" para traerle una "enérgica evocación de la patria que afectaba desdeñar... en regodeo con políticos de nacionalidad equívoca o renegada". Y ante las críticas y ataques que provocaron sus opiniones, denuncia a sus adversarios como "plebe ultramarina... cómplices mulatos y sectarios mestizos... ralea mayoritaria... triste chusma de la ciudad", a la que compara con el "gaucho viril, sin amo en su pampa". Paralela-

mente, Lugones afirma su linaje, en los conocidos versos en que reclama el "recuerdo" de la "tierra" "por estos cuatro siglos que en ella hemos servido". Por su parte, Ibarburen dedica no menos de tres capítulos de sus memorias a recorrer las ramas de su genealogía y las "personalidades" que conoció en su casa paterna, enfatizando igualmente "mi linaje... con un arraigo de más de tres siglos en la tierra que había conquistado".

La reacción nacionalista

Muchas veces ha sido relatado ya el proceso que recorrieron los hombres de la generación del 80 y los sobrevivientes de la del 37, y que los llevó desde el progresismo liberal, europeísta, que exaltaba al inmigrante como factor de progreso y a la Argentina como "crisol de razas", y despreciaba al gaucho, al indio y el pasado español, a una actitud casi diametralmente opuesta. Tal proceso, que tiene su punto de arranque incipiente a principios de la década del 70, se va agudizando hacia fines del siglo, a medida que el impacto causado por el ingreso de la Argentina en el mercado capitalista es solamente al comienzo un cambio brusco en las estructuras tradicionales, con el consiguiente desplazamiento de algunos de los sectores de las clases dominantes y la aparición de capas crecientes de burgueses nuevos, pero luego aparece en escena un nuevo proletariado y la lucha de clases capitalistas. De las diatribas de la primera parte del *Martín Fierro*, que corresponde a la primera época, tal proceso lleva a otro tipo de "literatura", la que aparece con la ley de residencia, cuyo pro-

1. La Legión Cívica
desfila por la
calle Callao en 1933

"Duéfele a Villafañe el país... Justificada dolencia. Lo lleva adentro... Porque por su sangre, que es lo que en verdad le sirve de tinta, avanzan en tropel, viniendo desde el fondo histórico, las innumerables generaciones que en el tiempo contribuyeron a forjarla, arrancándola a la espera geológica e histórica en que vivió América.

"Y séame permitido decir que no exagero. Los Villafañe eran de la Provincia de León, pero estaban vinculados con los Loyola y Ramírez de Velazco, que eran de Navarra. Dice el Padre Lozano... que eran familias nobilísimas, que pertenecían a una rama de los Reyes de Navarra"... "Los Villafañe que vinieron a América en 1550, eran hijos de una hermana de San Ignacio de Loyola... Se llamaban Leopoldo, Inigo y Lázaro... la rama del padre proviene de Lázaro Villafañe. La descendencia de éste se vincula a las familias más notables del país... en Tucumán con los Aráoz, Molina, Lamadrid, Sánchez de Bustamante... en Córdoba con los Peña, Pizarro y Cabrera; en La Rioja con los González, Carreño, Ocampo, Dávila y el caudillo Quiroga; en San Juan con los Sarrientos, Videla y Oro... Por la rama de la madre, Benjamín Villafañe, padre del autor de esta obra, desciende del Conquistador del Tucumán, Juan Gregorio de Bazán, primo de Ramiro de Velazco y de Francisco Aguirre..."



*1. Manifestación contra el
gobierno de Yrigoyen
el 5 de setiembre de 1930*
Archivo General de la Nación



yecto (presentado por Miguel Cané) autorizaba al "Presidente de la República, en acuerdo de ministros... [a] ordenar la expulsión de todo extranjero cuya conducta pueda comprometer la seguridad nacional, turbar el orden público o la tranquilidad social". Esa abierta reacción de clase, que marca el fin de las ilusiones liberal burguesas inscriptas en la Constitución Nacional, va acompañada por la aparición de todos los mitos señalados que pueden seguirse fácilmente en la literatura (aunque también es posible rastrearlos en la pintura y la música, en el folclorismo, en la antropología indigenista): primeros intentos de revisionismo respecto de Rosas (Quesada, 1898, y Saldías), de los caudillos (*Facundo*, de David Peña), de las raíces indígenas frente al "exotismo" (*Biasón de Plata*, de Ricardo Rojas), de la raíz hispánica (*El alma española*, de Rojas, *El solar de la raza*, de Gálvez, del gaucho y de las montoneras (*El payador*, *La guerra gaucha*, de Lugones). Después del 20, el aluvión: *Rosas y Manuelita Rosas*, de Ibarburen; *La gloria de don Ramiro*, de Larreta, *Don Segundo Sombra*, de Güiraldes, los versos a la muerte de Facundo, de Borges. Llegaría también la hora de la alabanza del compadrito, del malevo y del tango.

Y haciendo juego con la ley de residencia, la cara real de todo eso, la ley de Defensa Social, de 1910; la primera "semana trágica" en ese mismo año; la creación de la "Asociación del Trabajo", fundada por Anchorena para contratar rompehuelgas; la organización de la "gran concentración nacional masculina" promovida por monseñor de Andrea con el auspicio de una comisión en la que figu-

raban Manuel de Iriondo, Carlos Casares, Carlos Torquinst, Enrique Santamarina, Manuel Ocampo, Gustavo Martínez Zuviría, Miguel A. Martínez de Hoz, y dirigida a "contrarrestar el efecto disolvente de la manifestación anarquista del 8 de mayo", que acompañó a los festejos del centenario; la represión a los chacareros en 1912; la represión a los huelguistas de la Patagonia en 1921-22, en la que no dejó de aducirse la necesidad de defenderse contra bandoleros chilenos, la *Semana Trágica* de 1919, y la aparición en ella de la Liga Patriótica, dirigida por Manuel Carlés, a quien Ibarburen llama "mi amigo, el bravo y romántico Manuel Carlés" (*La historia que ha vivido*, página 344). La cara real del nacionalismo, mostrando su entraña de clase. La que aparece desnuda en nuestros dos precursores, cuando no se trata de cultivar el mito frente a las nuevas formas de la lucha clasista, sino de opinar en concreto respecto del pasado. "Las masas gauchas constituidas en bárbara demagogia y conducidas por sus caudillos levantaron la bandera roja de «Federación o muerte», y lucharon contra la ciudad que encerraba el loco civilizado y el núcleo de la cultura social", decía Ibarburen de las montoneras en su *Rosas*. Y la acción "mazorquera" era descripta del siguiente modo: "Los restauradores se organizan en pandillas a las órdenes de los caudillejos y bajo la dirección suprema de la «Heroína de la Federación» para subyugar a la ciudad atemorizada. Comienzan los asaltos contra los «lomos negros»... Esos alborotos criminales... Esos atentados eran ejecutados por gavillas de salteadores, gente de acción de la

Sociedad Popular Restauradora". Lugones, por su parte, refiriéndose al indio, suscribe la política de exterminio sostenida por los hombres del 37 y del 80: "Si el exterminio de los indios resulta provechoso para la raza blanca, ya es bueno para ésta; y si la humanidad se beneficia con su triunfo, el acto también tiene de su parte a la justicia, cuya base está en el dominio del interés colectivo sobre el parcial" (*El Imperio jesuítico*).

Y es Lugones uno de los que primero se encarga de poner de manifiesto cómo el racismo y el nacionalismo no son más que coberturas de la lucha de clases, al tratar estos problemas juntos en *La Grande Argentina*. Necesitamos, dice, la satisfacción de dos condiciones importantísimas (en la inmigración): la selección de los elementos que hayamos de incorporar, en atención a su eficacia productiva y fecunda, y a la determinación de su raza", agregando en la misma página: "todo marxista o anárquico es un expatriado en su propio país".

He aquí el elemento real por el cual nuestros nacionalistas son nacionalistas, y se reconocen entre sí como nacionalistas, porque reclaman para sí el derecho a ser los dueños de la nación, su expresión, su representación y su única voz legítima. O sea: reclaman ese derecho exclusivo para la clase dominante, frente a los oprimidos y explotados de la vieja o la nueva "patria", indios, mestizos, mulatos, inmigrantes. No se trata de eso. Se trata de un "derecho" que la burguesía cree eterno, proyectándolo hacia el futuro, para lo cual necesita afirmarlo en el pasado: el derecho a ser la clase superior, respecto de las



I. C. Ibarguren
en compañía de Canaf Feljóo.

"No en balde me he detenido en las ramas numerosas y patriarcales de este árbol genealógico. Siempre he pensado que nadie puede sentir de veras a la Nación si no ha recibido, junto con el recado de servirla, el compromiso sagrado de los antecesores. Sólo cuando se tienen como testigos muchos muertos que moran en ella, puede que-
rérsele con esas razones y sinrazones, tercas, ahincadas, del patriotismo

"Nuestro Benjamín Villafañe no es «un recién llegado, no es un hombre que necesite improvisar una fe que le viene de lejos, ni que requiere estudiar la historia para cono-
cerla

"Nació Villafañe en un barco... Su padre, arruinado desde mucho antes, habiendo perdido su fortuna... a raíz de la crisis que afligió al país en 1876, se dirigió a Orán, a la Colonia Rivadavia, donde le quedaban algunas tierras, propiedades que habían sido de su mujer... Juez de Instrucción entre los años 1903 a 1906... Presidente del Consejo de Educación desde 1918 a 1920; elegido ese mismo año Diputado Nacional y Gobernador de Jujuy desde 1924 a 1927; Director del Banco Hipotecario el año 1930. Finalmente, Senador de la Nación de los años 1932 a 1941,"
(Alberto Casal Castel. Prólogo a *Chusmocracia*, de Benjamín Villafañe)

clases —las razas— "inferiores". Lugones se pone al servicio de Roca y de Quintana y justifica su salto del socialismo al oficialismo afirmando que había aprendido "por el camino, que si la realización de la democracia es inevitable antecedente para cosas mejores, la pugna no ha de entablarse con el lobo burgués, sino con el endriago del caudillo", para lo cual, a su vez, era "condición esencial" y previa "sentar de modo inconvencible el principio de autoridad" (Conferencia del Teatro Victoria, 6 de noviembre de 1903). Y 22 años después, al llamar al ejército a tomar el poder, la justificación es la misma: "El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica" (*La Patria fuerte, El discurso de Ayacucho*, 1925). Y si Ibarguren critica al liberalismo, "el individualismo egoísta" y propone algunas medidas favorables a la clase obrera, es también en beneficio del mantenimiento del "orden". Si justifica el paso dado por Sáenz Peña, que abrió el camino de Yrigoyen, lo hace por idénticas razones: "fue necesaria en su momento esa importante evolución... (porque) en los renovados climientos de nuestro país estaba comprimida una enorme represa de ciudadanía a la que era indispensable darle salida en la vida cívica para que no rompiera con violencias y rebeliones el dique que la sofocaba. Cumplióse así, una vez más, el hecho providencial... que en las horas críticas ha dado a la línea histórica argentina... el orden necesario para que su desarrollo no fuera perturbado, como seguramente lo hubiera sido, con gobernantes

I Enrique Larreta en Avila



Impopulares, por la terrible conflagración mundial que trajo consigo los grandes sacudimientos que agitaron a las naciones". En términos más simples: ante el peligro de la revolución, Ibarguren (que ha descrito poco antes de esas palabras la revolución rusa y sus secuelas en Europa) propone autoridad y reformas, dirigidas éstas a mantener sujetas a las masas populares. Lugones, que ha apoyado en un momento el realismo reformista de Roca, pone, contemporáneamente, el acento en la autoridad vertical. Pero a tal punto se adaptaban ambos precursores a la política de la clase a la que expresaban, que muy poco después del golpe del 6 de setiembre, cuando la gran burguesía ha decidido volver al sistema electoral, "fraude patriótico" mediante, Lugones olvida que ha proclamado poco antes "la hora de la espada" y la caducidad de los políticos, para proponer... el voto calificado, "la representación corporativa o funcional", "el sufragio universal, pero condicionado" (*Política revolucionaria. Crítica del sufragio*).

Este es el núcleo donde se origina la oposición nacionalista a Yrigoyen. En los años inmediatamente posteriores al 900, la opinión de la gran burguesía y de los políticos que la expresaban estaba dividida en relación con el radicalismo. Una parte estaba decidida a mantener por cualquier medio la situación imperante, y a cerrar el paso del radicalismo a las urnas. Otra, el ala del viejo PAN dirigida por Pellegrini (el Partido Autonomista) y el ala del mitrismo dirigida por Emilio Mitre (Partido Republicano), buscaban integrar al radicalismo a la vida política,

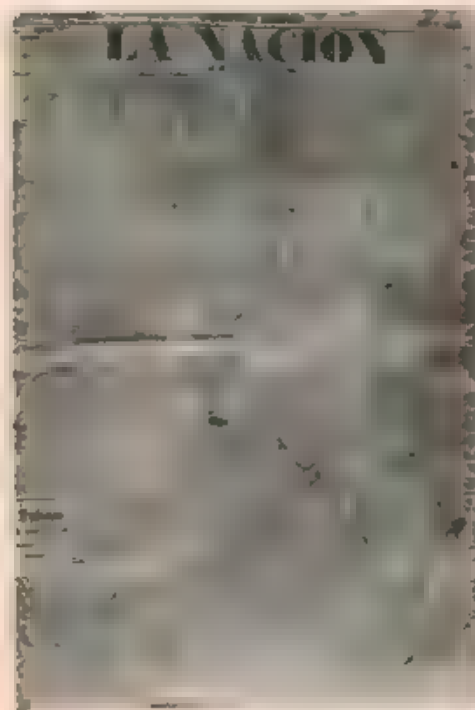
como un medio de unificar en el juego republicano a la burguesía, y poner así un dique al peligro de la revolución social. Ya hemos visto la opinión de Ibarguren al respecto. Pero no se trata de una reflexión de historiador, que escribe después de los acontecimientos. Es conocido el último discurso de Pellegrini en la Cámara, del 11 de junio de 1906, dos meses antes de morir, en el que llamaba a poner en marcha un rápido cambio político, que diera a "todos los argentinos iguales derechos", evitándoles "la alternativa... de apelar a las armas para reivindicar sus derechos despojados", como medio de evitar "la revolución que está germinando ya". Fue más tarde, cuando el yrigoyenismo apareció a los ojos de la gran burguesía, no ya sólo como dique ineficaz contra la revolución, sino como un partido que por su "demagogia" contribuía a exacerbarla, al hacer concesiones al proletariado para atraerlo. En ese momento, el que Pellegrini había llamado "un gran partido que buscaba la reacción institucional y la verdad de los principios constitucionales por medio de la revolución", al exacerbarse la oposición como expresión clasista, fue mirado con la misma perspectiva que a la clase que se movilizaba amenazante, y se alzaron contra el yrigoyenismo todos los prejuicios con los que la clase dominante percibe a los oprimidos. En su estilo académico, Ibarguren no deja de expresarlo: "Su padre, dice de Yrigoyen, era un vasco tan humilde como insignificante". Ya veremos como ese desprecio de clase es formulado por otros en términos más rudos. Pero detrás de los calificativos hay

una perspectiva más total. "La cuestión social, define Ibarguren, fue enteramente descuidada, y la fermentación en las clases proletarias no mereció ser ni considerada ni atenuada", "la lucha social, fomentada por agitadores, mantenía inquieto al proletario que se sentía abandonado completamente por el Estado y sus autoridades", "ese gobierno, el de Yrigoyen, preocupado esencialmente por su partido y las elecciones, fue demagógico, con todos los males que engendra la demagogia". Y más virulentamente, Lugones declama: "El país hallase invadido... por una masa extranjera hostil y disconforme, que sirve en gran parte de elemento al electoralismo desenfrenado... Hemos asistido últimamente a dos huelgas... huelgas de rebelión contra el país, declaradas por una inmensa mayoría extranjera... Es que se trata de una consigna, tendiente a realizar el programa del maximalismo ruso y sus adherentes más o menos encubiertos: la declaración de huelgas con o sin motivo, a título de gimnasia revolucionaria, para engendrar la guerra civil que será el instrumento de la revolución social... No hay guerra civil con extranjeros. Por el contrario: toda guerra con extranjeros es una guerra nacional", agregando: "La sobrepuja electoral del partido gobernante con los socialistas, ha engendrado el obrerismo, desordenando el país entero para favorecer a las masas urbanas, donde el extranjero predomina... Así se ha creado un perjudicial y falso espíritu anticapitalista que es en el fondo rencor envidioso a la fortuna lograda, sin cuyo aliciente fracasaremos en un

raquitismo de republiqueta proletaria. Lejos de propender a la armonía de las fuerzas sociales, consolidando la paz interior, según el precepto constitucional, el gobierno tomó partido" (*Acción*, ciclo de conferencias bajo el auspicio de la Liga Patriótica Argentina; *La Grande Argentina*).

Allí está, desembozada, la raíz nacionalista de la oposición a Yrigoyen. Ya no se trata de formar organizaciones dirigidas a pacificar los conflictos de clase, a contrarrompehuelgas, o a armar bandas para combatir contra los obreros sublevados, con el apoyo del gobierno, como ocurrió durante la primera presidencia de Yrigoyen. Se trata de derribar ese gobierno culpable del ascenso de la lucha de clases, según ellos lo ven. La Liga Patriótica actuó en el 19, con permisos policiales dados por el gobierno radical, contra los obreros en huelga. Ahora, sin abandonar esos objetivos, conspira contra el gobierno "demagógico" y "obrerista".

Oigamos a unos de los conspiradores, Juan E. Carulla, en *Genio de la Argentina*: "Coincidió mi regreso al país con una época lamentable de su historia. La república no marchaba ya por los rieles porque la encalzaron los hombres de la Organización Nacional. En 1916 había dejado esa ruta. En lo político y en lo social imperaba la confusión. Un gobierno inepto había dislocado el orden institucional... Convencido de la necesidad de poner fin a tal estado de cosas, me dispuse a la lucha y advine al periodismo. *La Nación*, la vieja tribuna de doctrina, fundada por Mitre, acogió algunos escritos míos. En ellos expuse mi ideal de enton-



2

1 Gustavo Martínez Zuviria

2. Portada del primer
numero de La Nación.
'Una tribuna de doctrina',
Archivo General de la Nación.

ces, en realidad, el mismo de hoy: un nacionalismo apoyado en la universalidad del cristianismo y de las tradiciones clásicas... *La Voz Nacional* fue el título del primer órgano periodístico argentino de carácter definitivamente nacionalista. Hojita de vida efímera —duró unos meses de 1924— tuvo la virtud de estimular vocaciones. Tanto que en 1927 pudimos contar con un nutrido contingente de plumas ágiles y avezadas para la obra de redactar la *Nueva República*... que vio la luz con el fin de combatir el sistema de 1916 que resurgía de nuevo amenazadoramente... 6 de Septiembre de 1930 Esa fecha marca una etapa decisiva de mi vida. Había querido el destino acercarme a un gran hombre, un argentino auténtico por la estirpe y el sentimiento, quien debería representar en lo político el preponderante rol de jefe del pronunciamiento revolucionario que estalló en esa fecha con el propósito de impedir la caída definitiva del país en el marasmo o en el caos... Fui uno de los hombros de Septiembre. Tal vez el más adicto a la figura del general Uriburu".

La defensa del "orden" social que estiman amenazado, la lucha preventiva contra la revolución social que creen inminente, la necesidad de derribar un gobierno al que consideran culpable de esa situación (provenga tal culpa de la complicidad o de la impotencia), tal es el eje alrededor del cual se organiza la oposición de la gran burguesía y de su clientela pequeño-burguesa a Yrigoyen. Ese es también el tema eje de las diatribas nacionalistas, y a su alrededor se organizan los demás motivos que compo-

nen la sinfonía de su campaña, desde que, ya bajo el gobierno de Alvear, se advierte la posibilidad primero y la seguridad después de un segundo gobierno de Yrigoyen: la necesidad de un gobierno fuerte; la necesidad de reformas sociales y políticas; la descalificación (cada vez más desembozadamente clasista) del gobierno radical y, en particular, de Yrigoyen quien, siendo en realidad un miembro de la burguesía rica (aunque no de la gran burguesía) estanciero, socio y amigo de estancieros, alguna vez electo diputado por el roquismo, es percibido y presentado como un miembro más de esa "chusma" despreciable y amenazante.

"¿En qué momento comienza a declinar el prestigio de nuestra institución parlamentaria?", pregunta Carulla. Y se responde: "No vacilo en afirmar que... con la aplicación de la Ley Sáenz Peña... La Incorporación de representantes obreros u obreristas, poseídos de vehementes movimientos reivindicatorios, hubo de alterar tanto en Europa como en América la serenidad de los debates... En la Argentina la Ley Sáenz Peña hizo que, por las compuertas del sufragio, entrara al Congreso Nacional una avalancha de hombres...". En esa línea aparece nuevamente la alabanza del pasado y las críticas sobre el presente: "¿Cómo eran... las familias arquetípicas de los distintos sectores y clases? El vecindario distinguido habitaba en... amplias casas... El estanciero... dirige su establecimiento y sus peones, que, en cierta manera, formaban parte de su familia. Criados en casa, ahijados de bautismo o casamiento de aquél, cada uno poseía una tropilla, una punta de vacas o de ove-

jas". Y tras ese cuadro idílico: "Qué distinto todo eso de lo que ocurre hoy... Todo está subvertido..." exclama, atribuyendo el cambio a las influencias que habrían captado a los propios hijos de la burguesía (Incluso a él mismo) y a las luchas interburguesas: "En el año 90... comienza el debilitamiento de la oligarquía... las luchas políticas que entonces comienzan entre autonomistas y cívicos hacen violenta crisis en la revolución del Parque abriendo en el seno de ella una brecha que no se cerrará más. Por ahí entrará posteriormente al sistema de la civilización argentina otra corriente con la que tendremos que contar en adelante para fijar exactamente los orígenes de la crisis nacional me refiero al socialismo y al complejo ideológico que arrastra en su estela...", y agrega: "Fuimos pródigos en todo y en tal forma, que estuvimos a punto de entregar nuestra propia alma. Quiljotes del anarquismo, del socialismo, y, aun, del nihilismo...", describiendo de tal modo el pasado finisecular de Lugones, de Ingenieros, de muchos hijos, en efecto, de esa "juventud brillante", pequeño burguesa, que pasaron por la izquierda como por una moda pero que, cuando creció la lucha de clases retrocedieron como él, pues "todo eso no pasaba de ser un barniz superficial". Y he aquí la tabla de salvación, la raíz de clase y el mismo Carulla describe cómo se manifestó: "En lo íntimo, nos sentimos argentinos. Sin saberlo... llevábamos el poderoso aliento del siglo pasado. En nuestro corazón estaban puras las esencias de lo vernáculo... La voz de la sangre (nos) salvó siempre en la encrucijada de las ideolo-

gías...". Y Casal Castel, al prologar su libro *Genio de la Argentina*, lo ratifica: "No habrá un solo argentino consciente que no haya sentido en los tres últimos lustros la angustia del país... el doctor Carulla... como tantos argentinos rechazados por el metequismo político predominante en el país entre los años 1920 y 1940... se volvió rápidamente hacia el lado opuesto, abrazando... las nociones extremas de una política defensiva frente al alud demagógico... Discípulo de Maurras... y de Daudet... comprende que esos hombres tienen razón en cuanto buscan al hombre en el paisaje, a la nación dentro de sus tradiciones y al Estado conforme la Historia lo presenta ante el doble cisma religioso y político del siglo XVIII...". El coro es coincidente: Villafañe pinta en *La tragedia argentina*, un panorama repetido: "En otros tiempos, entre nosotros... los políticos sanos y sinceros en todos los partidos eran legión... hasta el año 1880. Desde entonces, el romanticismo en la política principia a palidecer gradualmente, hasta el día en que el señor Yrigoyen le asesta el golpe de gracia... Se ha llegado a formar en las clases dirigentes una mentalidad delétreas, muy semejante a la de los tiempos de la España de antes del estallido de la última guerra civil suicida. En vísperas del triunfo de las izquierdas, las clases cultas, sin distinción de partidos, se desprestigiaban de día a día... La reacción se impone de inmediato...", pues "pesa sobre nuestro destino, como una maldición, el error de haber renegado de nuestro pasado al día siguiente de la Revolución de Mayo... Arrojamus al viento la tradición y la historia de los tiem-

pos de la conquista y las leyes de la vieja España que tanto bueno nos legara... hemos realizado al fin el ideal liberal perseguido de cien años a esta parte, de formar generaciones sin Dios y sin patria... Los bárbaros que arrasaron el imperio romano llegaron de lejos... Hoy, bárbaros más dañinos nacen y proliferan en el seno de las sociedades... Son hijos de la escuela sin Dios, ni patria, ni familia, que ha engendrado en la Rusia de los Soviets el monstruo del Apocalipsis".

Es en ese contexto que ven los nacionalistas la figura de Yrigoyen. Lugones calificaba sus gobiernos de "jolgorio burocrático, predilección por la plebe delincuente y equívoca, obrerismo confiscatorio" (*Política revolucionaria*). Villafañe subraya: "Para demostrar que el gobierno del señor Yrigoyen fue izquierdismo puro, me bastará recordar que en el acto de subir al poder las huelgas diríase que brotaron y se sucedieron por generación espontánea, atizadas desde arriba" (*La tragedia argentina*). "Elevó consigo a un círculo inferior de adulones e ineptos... su tendencia demagógica lo llevó a rodearse de gentuza... tuvo en contra a todos los sectores ilustrados de la sociedad... a las personalidades más capaces del país, y a su favor sólo masas irresponsables...", afirma Ibarguren en sus memorias. Y Alberto Viñas, después de su actuación como jefe de policía de Uriburu, dictaminaba: "El sufragio universal, más que una ficción, es una permanente conspiración contra el orden social" (*Demagogia y déficit*). Matías Sánchez Sorondo, ya como ministro del Interior de Uriburu, diría: "Una horda, un hampa, había

acampado en las esferas oficiales".

La Fronda, dirigida por Pancho Uriburu se convierte en el órgano, más que de los nacionalistas, de la oposición conservadora, de la reacción gran burguesa, que se anima a decir desde allí lo que piensa, con el lenguaje que no se atreve a utilizar en otras partes. *La Fronda* es un diario, con su sección de fútbol, de política internacional, de delitos de sangre. Órgano conservador, hace propaganda a los mítines del partido, publica extractos de los discursos de sus dirigentes, defiende los diplomas de sus diputados, impugnados por el radicalismo. Al mismo tiempo (y esto es lo que interesa destacar) sirve a la fracción nacionalista: en su redacción se organiza la "Liga Republicana", en primera página se hace el elogio del semanario doctrinario de los nacionalistas, *Nueva República*. En todo, *La Fronda* muestra con evidencia cómo los nacionalistas no son sino un ala del conservadurismo tradicional: el apoyo que les presta, va acompañado de críticas a otros "compañeros de ruta" de la gran burguesía: los demócratas progresistas, los socialistas independientes. Pero no es sólo eso: como órgano del conservadurismo en general, *La Fronda* utiliza los argumentos que son comunes a nacionalistas y conservadores en su oposición a Yrigoyen, pero los descalificativos racistas aparecen en sus páginas con toda la violencia que da el odio de clase: dejando de lado el amaneramiento de Ibarguren, con la misma virulencia que usa Lugones, pero haciendo lo que éste no se atreve: poniendo a cada epíteto nombre y apellido. *La Fronda* es un pasquín. Pero, por eso mis-

mo, rompe todos los velos que aún aparecen en otras publicaciones. Tomemos al azar:

El 27 de julio de 1930, a todo titular en primera página, proclama: "Ya no cabe duda de que Yrigoyen está loco". El 23 de enero: "Bajo el terror de la mazorca yrigoyenista", usando el recuerdo de la mazorca en el mismo sentido que le da Ibarguren historiador. Cuando en setiembre del 30 renuncia el ministro Abalos, anuncia en primera plana: "El zambo huye". El 10 de mayo del año anterior, ha titulado en primera página lo que Ibarguren insinuaba: "¡Analfabeto de padre y madre!", comenzando el artículo: "¡Analfabeto de padre y madre! ¡Qué magnífica genealogía para un jefe de república civilizada!" Y en los versos que aparecen habitualmente en primera página reaparecen los calificativos: "Se puede ser un cobarde asesino."

Se puede ser un tristísimo gato.

Se puede ser un audaz mantecato.

Mas ¿cómo diablos se arregla el destino para reunir en un solo mulato, todo. Asesino y ladrón de barato..."

O estos otros, dedicados al ministro de Guerra, general Dellepiane:

"Otra vez el pardo Peiudo te aplicó la ley del embudo..."

Pero la posición de clase aparece sin velos.

El 15 de julio del 30, bajo el título de "Consecuencias de la demagogia", se informa: "Las consecuencias de la propaganda demagógica de los partidos extremos y, además, del peludismo... se están haciendo sentir en la ciudad de Rosario. Desde

que el gobierno actual asumió el poder... la ciudad laboriosa del litoral parece abandonada a las fuerzas disolventes, que amenazan destruir los fundamentos mismos de la colectividad, con sus continuas perturbaciones del orden público. Todo el mundo recuerda la huelga que mantuvo paralizadas las actividades de Rosario durante más de un mes... Un nuevo incidente, producido anteayer, nos demuestra que la excitación obrera continúa, y que los elementos comunistas y revolucionarios se sienten alentados por la actitud aduladora que mantienen hacia ellos los elementos de la política local..." Y el 30 de julio editorializa: "Disolución creciente del poder público. El ambiente de la ciudad registra infinidad de hechos que son graves síntomas de una paulatina disolución del poder público. No hay gobierno. No hay autoridad. No hay mantenimiento de jerarquías institucionales, jurídicas, ni de categorías sociales... El «gobierno del pueblo y para el pueblo», en otros términos, el yrigoyenismo... es lo que ha traído semejante desbarajuste... No es menester ser muy perspicaz para advertir que estamos al borde de la anarquía. ¡Qué fuertes y seguros han de sentirse los comunistas en este ambiente subvertido en que vivimos!..."

El 6 de septiembre

La historia de la conspiración que llevó al golpe del 6 de setiembre, ha sido relatada muchas veces. Convergieron en ella dos movimientos paralelos: el dirigido por el general Justo, ex ministro de Guerra de Alvear, alrededor de quien se agruparon

los partidos de la oposición gran burguesa y cuyos voceros fueron los grandes diarios de la época, y el nucleado alrededor del general Uriburu, ex Inspector General del Ejército, rodeado por los nacionalistas y apoyado por sus periódicos. La primera tendencia contó desde el comienzo con mucho más recursos y con mayores contactos militares, organizados desde la época del ministerio de Justo, a través de la "Logia San Martín". El pacto firmado entre el teniente coronel Sarobe, personero de Justo, y los oficiales jóvenes, encabezados por el entonces capitán Perón, fortalecieron ese predominio (Perón, *De lo que yo vi, de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930*).

El golpe fue precedido por una durísima campaña contra el gobierno, en la que los grupos nacionalistas cumplieron el papel de fuerza de choque, juntamente con los estudiantes universitarios, nucleados en FUA (Federación Universitaria Argentina). A la distancia, parece claro que los nacionalistas, comenzando por el propio Uriburu, fueron utilizados por la gran burguesía y sus partidos (los conservadores, que tomaran el nombre general de Demócratas Nacionales; los radicales antipersonalistas y los socialistas independientes). Lo mismo les ocurrió, en realidad, a FUA y a los partidos que expresaban a la pequeña y mediana burguesía, el Partido Socialista y el Demócrata Progresista. Estos, y la Federación Universitaria, se encontraron en la oposición prácticamente al día siguiente del 6 de setiembre. Los nacionalistas tuvieron un período algo más largo de ilusiones: creyeron haber

tomado el poder e intentaron poner en marcha sus ideas corporativistas (el experimento fue lanzado sobre todo en Córdoba, por Ibarguren, aunque también Uriburu hizo algunas declaraciones al respecto). Pero a poco debieron retroceder, bajo la presión de los partidos y ante la opinión de la mayoría de los oficiales y jefes militares ligados al general Justo. En suma: la gran burguesía local logró lo que no pudo realizar en Italia y Alemania: utilizar a los grupos pequeño-burgueses más exaltados para destruir una república parlamentaria que a sus ojos corría el riesgo de dar paso a la revolución social, y luego desplazar a esos grupos para tomar directamente el poder. No es que la gran burguesía no simpatizara con el fascismo. Es que, si bien lo encuentra útil, prefiere no usarlo sino en última instancia y transitoriamente: al fin, la república o la monarquía constitucional son las formas de gobierno en las que se re-

suelven mejor las contradicciones interburguesas.

Tal utilización de los nacionalistas por la gran burguesía puede hoy señalarse en muchos aspectos de los momentos previos al golpe de 1930. Ya hemos apuntado lateralmente algunos, pero pueden señalarse otros: mientras los militares justistas conspiraban en silencio, pero con efectividad, los uriburistas daban la cara más o menos abiertamente, en medio de la mayor desorganización, y terminaron perdiendo muchos de los oficiales que habían comprometido, los que se pasaron al grupo justista. Perón, en sus escritos, narra precisamente como él y sus amigos, habiendo estado relacionados primero con los uriburistas, advirtieron luego que quienes dirigían esa fracción eran "exaltados e inútiles", y que allí "la imprevisión, la ineptitud y el error marchaban de la mano", por lo que decidieron plegarse al grupo justista, que, además, tomó en los hechos la direc-

ción del golpe, tal como lo relata el general Sarobe en sus *Memorias sobre la revolución del 6 de setiembre de 1930*. Algo similar ocurrió en otros aspectos: el diario *La Nación* puso sus páginas al servicio de los nacionalistas, mientras la gran burguesía los necesitó como tropa de choque. Ya vimos cómo Carrulla recuerda haber comenzado a publicar sus artículos allí. Lugones, no sólo utilizó sus páginas ampliamente, publicando íntegros los discursos en que proclamaba "la hora de la espada", sino que las usó para polemizar con sus críticos. Pero eso terminó casi inmediatamente después del 6 de setiembre.

Los nacionalistas fueron advirtiendo que habían sido utilizados, lo mismo que los demás antiyrigoyenistas medianos y pequeños burgueses, hasta el punto de que algunos de ellos llegaron a declarar su arrepentimiento por su participación en el golpe. Pero la reacción fue lenta: durante bastante tiempo aún la



perspectiva de clase con que habían visto todo el proceso les impidió advertir que el yrigoyenismo era, precisamente, el tipo de gobierno que más expresaba a la burguesía intermedia y menor. En su libro *En el mundo de los seres ficticios*, Manuel Gálvez todavía decía refiriéndose al gabinete de Uriburu: "El ministerio, intelectual y socialmente no puede ser mejor", aunque agregara: "pero llama la atención que tres de los ocho ministros estén vinculados a las compañías extranjeras de petróleo, y todos, salvo dos o tres, a diversas empresas capitalistas europeas y yanquis. Los primeros actos del gobierno de Uriburu no dejan duda de que la revolución será, si no lo es ya, una restauración del régimen". Lisandro de la Torre, partidario también del golpe, creía que el triunfo de la fracción justista sobre los uriburistas se originó recién en la victoria electoral de los radicales el 5 de abril de 1931, y afirmaba: "El general Uriburu perdió desde entonces el control del proceso político, que pasó a manos del general Justo. Su interés y su pasión lo habían llevado a contrariar esa candidatura... Había declarado que la vetaba, y sin embargo, al sentirse en el vacío después de haberle sido impuesta la separación de Sánchez Sorondo, entregó la totalidad de los resortes oficiales a los gestores de esa candidatura..." (*Las dos campañas presidenciales, 1916-1931*). Es sólo después que, proclamándose abiertamente fascistas, Gálvez en *Este país necesita* y Castellani al prologar el libro de Marcelo Sánchez Sorondo *La revolución que anunciamos*, se declaran más o menos abiertamente arrepentidos de haber actua-

do contra Yrigoyen, en el que ven rasgos que admiraban en Mussolini. Con menores cargas ideológicas, el capitán de fragata José A. Oca Balda diría: "Reconozco en los hombres que desde el primer momento fueron fieles al gobierno depuesto por la revolución y a los que componían el parlamento tan despectivamente acusado de genuflexismo, una capacidad superior a la mía que con toda ingenuidad he creído en las llamadas minorías selectas. Todo cuanto se ha dicho sobre ellos ha sido superado a extremos desoladores" (*El último Libertador*).

Bibliografía

La bibliografía especial sobre el tema es escasa, y, en general, poco y mal documentada.

Además de lo que los nacionalistas escribieron sobre sí mismos, de lo que quizás lo más interesante sea el libro de memorias de Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, pueden verse las siguientes obras, en relación con este período: Navarro Gerassi, Marysa, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1968. Es un trabajo excesivamente académico, y su autora no siempre entiende bien la política argentina. Pero se trata de la obra más completa sobre el tema aparecida hasta ahora, y con mucho la mejor documentada en materia de fuentes y bibliografía.

Spilimbergo, Jorge Enea, *Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario*, Buenos Aires, Amérida, 1958, en la perspectiva del nacionalismo de izquierda.

Sarobe, José María, *Memorias sobre la revolución del 6 de setiembre de 1930*, Buenos Aires, Gure, 1957, donde se publicó por primera vez el Informe de Perón citado en el texto (hay otra edición, con varios escritos de Perón, titulada *Tres revoluciones militares*, Ed. Eacopión, Buenos Aires, 1963).

Troncoso, Oscar A., *Los nacionalistas argentinos*, S.A.G.A., 1957, desde el punto de vista del socialismo tradicional.

Viñas, Ismael, *Orden y progreso*, Buenos Aires, Ed. Palestra, 1960.

Documentos iniciales de la revolución, 1930. Publicación oficial del Gobierno Provincial de la Nación.

Revista de Historia, Buenos Aires, N° 1, 1963.

En la página 167:

1. Civiles y militares celebran la revolución del 6 de setiembre de 1930. Archivo General de la Nación.